

...con las REVISTAS

« EDUCADORES »

Diciembre, 1962, n. 20 «El fracaso en los estudios, sus causas y sus remedios»

por Juan Bertrán Salietti

Las causas del fracaso en los estudios de tantos bachilleres, y los remedios que el P. Beltrán enumera para encontrar una solución, las encuentro apreciablemente atinadas y exactas.

Antes de iniciar este diálogo, exponiendo algunas ideas que tal vez pudieran servir de complemento a lo dicho por el P. Beltrán, deseo enviarle mi felicitación. Hasta hace poco, este problema estaba relegado a letargo indefinido. Zareandear el tema y despertar la urgencia de solución es una labor benemérita, a la que nos sumamos con gusto.

Claro que, el fracaso en los estudios, a mi parecer, no debiera enfocarse solamente hacia la cantidad de suspensos. La razón —desde mi eje—, es muy sencilla: Pudiera ser que el análisis de las causas y ambiente donde brotan los sobresalientes, fuera un factor que aportara, casi, más luz, que el mero aforo cuantitativo de suspensos, en orden a una delimitación cualitativa del problema. Y si, tras ese análisis, llegamos, por lo menos, a la sospecha de que el éxito de algunos sobresalientes-en-todo o casi-todo, no siempre debe ser aceptado —ni mucho menos—, como resultado ideal, creo que quizá entremos en muy buenas vías de solución. Lo digo por lo siguiente: Así, en primer lugar, adoptaremos una actitud de prudente reserva que frene nuestra tendencia a felicitar, alabar y aureolar, sin más ni más, cualquiera de estos sobresalientes-en-casi-todo, presentándonoslos como los arquetipos hacia los que tienen que tender los otros para solucionar su fracaso. De esta forma, por contraste, podremos formarnos un concepto claro de la esencia real del fracaso, y tendremos, con precisión, los extremos del problema a resolver (los términos “ex quo” y “ad quem” que diría el escolástico).

Siento no disponer de más espacio para ese análisis de causas y ambiente donde brotan algunos de esos sobresalientes-en-casi-todo. Me contento con presentar un esbozo rápido que, por su mismo género, suplica cierta indulgente comprensión.

No es agradable, ni leve, afrontar una vivisección imparcial de las causas que impulsan ese constante sobresalir-en-casi-todo. Es verdad que sería inobjetivo e injusto firmar generalizaciones. Pero, tal vez, en principio, se debería reconocer que esa plena adaptación de ellos a este plan de

estudios algo inadaptado, pudiera parecer sospechosa y, por lo menos, presentar apariencias quizás sintomáticas. Esta idea no es original, ni reciente, ya que Marañón la expresó con toda la claridad que le honraba (1). En concreto, ese sobresalir, para algunos, es efecto de fuertes complejos de inferioridad, de introversión exagerada, de precoces proliferaciones del amor propio, de orgullosas inercias familiares. También es verdad que, en otros, concretamente conocidos, ese sobresalir es resultado congruente de la tenacidad viril de sus cualidades poco comunes, pero equilibradas y sanas. Lo uno no quita lo otro. Lo otro, sin embargo, requiere atención.

Sobre el ambiente que circunda a los sobresalientes, habría mucho que escribir. Me limito sólo a abrir la besana... Dicen que la libido freudiana funciona, dentro de los individuos, con tanto dinamismo como disimulo. Pudiera ser que sí, pudiera ser que nó. Lo que sí pudiera ser es que el interés económico actuará, en modo semejante, dentro de los organismos docentes. Por lo menos, el peligro no es irreal. Y este peligro pediría una revisión cruda y un análisis audaz de las intenciones pedagógicas. La afirmación de Marañón es impresionante: "Delante de un niño, ningún respeto es nunca suficiente; exige su presencia la misma pureza, aun en las intenciones, que exige la presencia de Dios" (2). La verdad es que, sí, que cabe el peligro de que en función de intereses no siempre teológicos, mimemos, arropemos y nos envanezcamos por ese selectísimo grupo sobresaliente que refrenda el honor del centro docente y de su claustro. Ellos son los que sostienen el porcertanje cuantitativo palpable que se venteará como slogan propagandístico. También cabe el peligro de que por la misma intención antedicha, despreciemos, como ganga y escoria deshonrosa a la masa suspensa, con actitudes muy poco cristianas... Así, desde luego, la persuasión de fracaso en éstos quedará tanto más remachada, cuanto se sienten más postergados y distantes de aquellos seres cumbres. No sé, quizá me equivoque, pero me parece que, si perdura esta axiología un tanto funcional, el íntimo fracaso de los suspendidos-en-casi-todo (más doloroso y dramático de lo que sospechamos), no tendrá perspectivas de solución completa.

Mi intención inicial fue felicitar y dialogar. El diálogo, si es útil e inteligente, tiene mucho de complementación mutua y abierta. Por eso no quiero cerrar; dejo abierto, pues la luz nunca es demasiada. Necesitamos más luz, para ver que (en los sobresalientes), allí en su honorables cumbres, puede haber, tal vez, barro o nieblas gélidas; para vislumbrar, con gozo desinteresado, que acá abajo, entre los suspensos, no todo es hundimiento holgazán: También hay valles de honradez buena.

Manuel Prados Muñoz S. J.

(1). Estas son sus palabras: «Ser un buen estudiante siempre, alcanzar siempre las notas óptimas, que constituyen lo que se llama «un brillante expediente académico», supone amoldarse a la mediocridad con que está organizada la enseñanza, aquí y allí, y fuera de aquí. Cajal, como Pasteur, fue un mediano estudiante; y Oswald, en su libro sobre los grandes hombres, insiste en la frecuencia con que los hombres cumbres fueron, en la etapa oficial de sus estudios, alumnos vulgares o francamente malos. Estudiar con igual aplicación todas las asignaturas multiformes de la instrucción primaria y del bachillerato, estudiarlas con el deseo primordial de obtener notas brillantes, es, en efecto, la manera más infalible de no ser nada en este mundo»... «...el sabio de mañana es el estudiante irregular, incorrecto, desigual, no deportista; el que no se propone notas sobresalientes, como copas de tenis; sino saber». (*Raíz y Decoro de España*, pgs. 259,261).

(2). «*Ensayos Liberales*», p. 99.